

Dos angustias hacen la unidad del poema. Por un lado la interrogación frecuente sobre el sentido único, elemental y primitivo de las cosas en procura por remediar el desconsuelo: "¿Dónde encontrar esa unidad amada, / esa esfera perfecta que rechaza lo impuro, / esa luz que se vuelve hacia sí misma / sin tiempo y sin dolor?" Por el otro, un perseguir la noche como la única y posible fuente de autoafirmación, como si en verdad ella fuera la razón de las cosas, su ser mismo, su misma palabra: "Busco en tu cuerpo negro y unitario, / noche sin límites, sin formas, / algo que sobrepase a mi recuerdo, a mi olvido: / . . . / paso que se queda por fin ensimismado / llorando por la ausencia de todas las distancias".

En esta poesía, también existe otro mundo de creencias, de vibraciones, de anhelos. Es el que el poeta encuentra sobre la epidermis del propio vivir, el reflejo que entretiene la presencia en el mundo: "Mas desciende del sitio que nos vemos / la súbita ternura del mundo / que nos busca y nos toca".

Los versos fluyen en ritmo ascendente, se diría que orquestal, hasta el último, que también es último en el encuentro de apoderación mística: "En alas negativas puedo surcar el aire que rodea al Paraíso. . ."

*La razón de la noche* es otro de los buenos libros religiosos —de religión existencial— con que cuenta la literatura mexicana.

SERGIO MONDRAGÓN. *Yo soy el otro*. Ediciones El Corno Emplumado, Colección Acuario. Vol. V. México, 1965.

Este es el primer libro de un joven poeta mexicano, conocido más por ser codirector de la revista de vanguardia *El Corno Emplumado*.

El título, también los poemas, son una reafirmación de una "oración" de Gérard de Nerval, escritor que las nuevas generaciones comienzan a descubrirlo, en especial, por su marginalidad religioso-mágica.

La edición en bilingüe —traducción al inglés de Margaret Randall, a excepción de "La diminuta Sarah Dhyana" por George Boweing— está magistralmente ilustrada con ocho dibujos del pintor canadiense, radicado en México, Arnold Belkin.

A la poesía de Sergio Mondragón se arriba por dos caminos, dos almas, que muchas veces tienden a fusionarse: el símbolo personal —mito personal— y la descripción de emociones surgidas automáticamente en torno a elementos de estados contradictorios. En el primer tipo estaría "Kundalini" —nombre al parecer puramente de valor fonético—, "El proceso", "Sibila", "Escorpión" y "El nacimiento del día". En el segundo,

"Delirio", "La diminuta Sara Dhyana", "Luna", "Mayo" —que recuerda demasiado los primeros versos de *Tierra Baldía* de T. S. Eliot— y "Conjuración del otro".

Utilizando ciertas técnicas surrealistas, concretamente en el disloque antilógico tradicional de la imagen y la metáfora, la poesía de Mondragón se duele por una rivalidad entre el mundo y los sentimientos naturales del poeta; de allí que es justo el epígrafe de Baudelaire "... quiero devolver a la naturaleza mi pasión en toda su virginidad..." Naturalismo entre la fatalidad de la belleza formal del mundo y la pasión angustiosa del hombre por parecerse a ella. Muchos poetas han buscado en sí mismos el propio esplendor y el aparente equilibrio del mundo exterior y la armonía de la naturaleza. Mondragón presiona por el lado de cierto sentido de redención orientalista, visualizado en versos que suelen alcanzar dimensión de rito. Paisajista de adentro, *Yo soy el otro* de Sergio Mondragón, recurre, quizás con exceso, a un formalismo un tanto descriptivo, demasiado sobrecargo en los poemas en prosa, a la vez que la intrascendencia de algunos símbolos por estar reducidos al ámbito todavía personal.

*Luis Mario Schneider*